


NAUZET
MORGADE





"Se llega así a una situación de la opinión pública por fin conforme a la mitología de izquierda, donde se cree firmemente que TODO EL MUNDO ES DE IZQUIERDA, EXCEPTO LOS PRIVILEGIADOS.

Cuando se llega a esta situación, o ya cuando es previsible, los privilegiados mismos se pregonan de izquierda, para no denunciarse ante la atención pública, y para desviar hacia otros el resentimiento y la concupiscencia.

Desde principios del siglo XX innumerables medidas legislativas se tomaron en Francia contra las riquezas excesivas y las especulaciones escandalosas: nunca ninguna alcanzó a la fortuna anónima y vagabunda, todas expoliaron a los pequeños artesanos, los pequeños propietarios, los patrimonios modestos.

(...)

TODO EL MUNDO ES DE IZQUIERDA, EMPEZANDO POR LOS PRIVILEGIADOS, que desde hace tiempo han comprendido que les conviene más servirse de la izquierda que combatirla.

Las viejas naciones de Europa se están muriendo por ello".

JEAN MADIRAN

TAPA:

Jan VAN EYCK (1390-1441):
"La Crucifixión"
(Nueva York, Metropolitan Museum of Art)


Jean Madiran
La derecha
y la izquierda

JEAN MADIRAN

LA DERECHA Y LA IZQUIERDA

Título del original francés:
LA DROITE ET LA GAUCHE
Nouvelles Éditions Latines, Paris, 1977

Traducción:
CORA B. DE ZALDÍVAR

Revisión:
GUSTAVO DANIEL CORBI

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Inmpreso en la Argentina

JEAN MADIRAN

LA DERECHA Y LA IZQUIERDA

Editorial ICTION
Buenos Aires
1981

I

LA DERECHA ES UNA INVENCIÓN DE LA IZQUIERDA

La distinción entre una derecha y una izquierda es siempre una iniciativa de la izquierda, tomada por la izquierda en provecho de la izquierda: para derribar los poderes o para apoderarse de ellos.

Existe una derecha, por otra parte asombrada de serlo, y consintiéndolo mal, en la medida en que una izquierda se forma, la designa, se opone a ella. Es así como comienzan las cosas o recomienzan, y no en sentido inverso. Los que instauran o vuelven a poner en circulación el juego derecha-izquierda se sitúan ellos mismos a la izquierda, delimitan una derecha para combatirla y para excluirla. En un segundo momento, la derecha así designada y atacada estrecha las filas, ordinariamente ni bastante rápido ni bastante fuerte, se organiza, se defiende, contraataca, algunas veces victoriosamente: nunca es sólo defensa y contraataque, incluso represalias.

Esta forma de lucha política no existía antes de 1789.

En ninguna parte desde 1789 se ha visto una derecha que se constituya, erigiéndose al oponerse, tomando la iniciativa de la división y del combate, designando una izquierda y abriendo contra ella las hostilidades.

Es "de derecha" aquél que la izquierda designa o denuncia como tal: y la inversa no es verdad. Esta designación, esta denuncia invoca criterios que varían mucho según los tiempos y los lugares; lo que no varía, es el ser un *hoc volo, sic jubeo* soberanamente arbitrario y ese arbitrario va de suyo: no existe distinción objetiva entre la derecha y la izquierda, una distinción que sería la causa de su constitución en grupos políticos; existe, en el origen, un acto de pura voluntad, que instituye el juego derecha-izquierda, o más exactamente, el juego *izquierda contra derecha.* Los que inventan, imponen, dirigen y arbitran ese juego son los hombres de izquierda. Los que lo rechazan, o lo padecen, y en todo caso no consiguen nunca arbitrarlo, son los hombres de derecha.

La izquierda se designa a sí misma y la derecha es designada por la izquierda. La izquierda lanza el juego izquierda contra derecha y fija las reglas del juego. La derecha sabe o siente más o menos claramente que padece ese juego sin poder modificar sus reglas. La derecha, incluso extrema, cuando es decepcionada o traicionada por un Paul Reynaud, un Charles de Gaulle o un Giscard, les dice que ceden a la izquierda, que aplican su programa, que desertan. Pero no dice que

Paul Reynaud, Charles de Gaulle o Giscard se han vuelto hombres de izquierda: o si lo dice, lo dice perfectamente en vano. No los echa a la izquierda. No tiene ni el derecho ni la posibilidad para ello. No es ella la que pone las etiquetas.

La izquierda al contrario, dueña y árbitro de ese juego que ha inventado a medida para que sea el suyo, echa a la derecha a quien ella quiere, como ella quiere, según la ocasión y el interés táctico. Echa a la derecha al ex socialista Pierre Laval y al ex socialista Mussolini. Representa a Hitler, demagogo socialista y revolucionario, como a un hombre de derecha. Como a un hombre de derecha, a Charles de Gaulle, llegado al poder en 1944 con los comunistas, y gobernando con ellos. La izquierda dispone a su gusto de la nomenclatura.

El ejemplo demócrata cristiano es el más significativo. El designio constante de esta corriente a todo lo largo del siglo xx, de Marc Sangnier a Montini, es el de desolidarizar el cristianismo de la derecha y combatir el conservadorismo, el inmovilismo, la reacción. Sin embargo, no es admitido en la izquierda sino cuando la izquierda lo quiere; de hecho, a título provisorio. Cuando la izquierda lo decide, lo echa a la derecha con una extrema facilidad, lo disfraza con el calificativo de "derecha conservadora" y "clerical": eso se produce cada vez que la corriente demócrata cristiana quiere manifestar en el seno de la izquierda una actitud autónoma, con-

trariando la línea dominante del progresismo masónico y filocomunista. Las fojas de servicio pasadas, los servicios precedentemente prestados ya no cuentan. No era moco de pavo, sin embargo, el haber prestado las manos y el corazón a la mayoría de las hazañas históricas en las que se reconocen los hombres de izquierda: a los millares de asesinatos terroristas durante la guerra mundial, a su constante glorificación política, moral y religiosa desde hace treinta años, falsificando la verdad, falseando las conciencias, porque esos crímenes eran crímenes, que ninguna intención de resistencia a los crímenes del ocupante puede válidamente justificar ni excusar, esos crímenes no eran actos de guerra legítimos y valientes, eran tan innobles, en su clandestinidad anónima e indistinta, como lo fue distintamente, ante todo un pueblo y ante la historia, el asesinato de Philippe Henriot: si este asesinato era un acto de guerra, valiente y legítimo, ¿por qué entonces nunca condecoraron a los asesinos? No era moco de pavo, para la corriente demócrata cristiana, el haber prestado las manos y el corazón, después de la guerra, a las decenas de miles de ejecuciones sumarias, a las matanzas, a las expoliaciones, a la confiscación gaullo-comunista de la prensa y de las editoriales, a la condena a muerte de Robert Brasillach, al encarcelamiento perpetuo de Charles Maurras, a la muerte en prisión del prisionero más viejo del mundo, el mariscal Pétain. Por el secuestro y el asesinato del

duque d'Enghien, Napoleón Bonaparte se había "hecho Convención": pero él venía de ahí, era uno de ellos. La corriente demócrata cristiana, sea como fuere, viene de la derecha, puesto que viene del catolicismo: incluso multiplicando los asesinatos del duque d'Enghien, no pudo obtener en la izquierda sino una naturalización bajo condición, constantemente revocable. Revocada cuando pone mala cara a la libertad del aborto. Hasta el demócrata cristiano Montini, tan ponderado en la izquierda como un espíritu moderno, tolerante, abierto y demócrata, sean cuales fueren sus servicios prestados como eficaz compañero de ruta por los caminos del humanismo y del progreso, hete aquí que, en cuanto se niega a colaborar para la legalización universal del aborto, hete aquí que para la izquierda se vuelve a convertir en un pontífice reaccionario, un hombre de derecha, una supervivencia anacrónica del despotismo clerical. Y lo inverso no es verdad: frecuentemente la derecha quisiera echar a la izquierda a los demócratas cristianos, para quitar su ambigüedad centrista y cortar ese canal de una hemorragia de la derecha hacia la izquierda. La derecha no lo consigue nunca. Comprueba su fracaso viendo cómo una notable proporción de los votos de derecha van regularmente a los demócratas cristianos. Estos votos, únicamente la izquierda puede devolverlos a la derecha, aceptando claramente a la democracia cristiana en su seno.

Pero por esta razón, y por otras, la izquierda no la acepta ni con gusto ni a menudo.

De despecho, la democracia cristiana estaría completamente muerta, si un aggiornamento, sobrevenido a tiempo, no la hubiera reanimado y repuesto al gusto del día, bajo la denominación de socialismo cristiano.

Así pues, uno decide ser de izquierda, mientras se acepta más o menos ser de derecha.

Uno decide y uno elige ser de izquierda, para jugar al juego izquierda contra derecha. Pero uno padece el hecho de estar colocado a la derecha, y uno preferiría no tener que participar en el juego.

No es sino en un segundo tiempo y un segundo sentido que uno elige ser de derecha: para combatir a la vez a la izquierda y a su juego izquierda contra derecha y para hacer cesar el juego. Porque el juego, lo es siempre, lo es únicamente, izquierda contra derecha y no a la inversa. La regla del juego es marchar contra la derecha, y no lo contrario.

De tiempo en tiempo, algunos quieren hacer de la derecha otra izquierda; una izquierda contra la izquierda; combatir a la izquierda de la misma manera que la izquierda combate a la derecha. Sin ver que *este* combate y *esta* manera son la esencia de la iz-

quierda, y su crimen, y el peor de los males políticos, el más mortal para las sociedades civilizadas.

Se es de izquierda para organizar una agresión: contra la injusticia, dice la izquierda, lo que, por otra parte es a menudo verdad. Pero la movilización ideal y abstracta contra la injusticia se encarna en una guerra contra los responsables, reales o supuestos, de la injusticia; en una estrategia, simultáneamente, para apoderarse del poder, de todos los poderes, por ser el poder y los poderes reputados como necesarios para vencer la injusticia hasta en sus causas. Así pues, la izquierda es revolucionaria, ella se constituye para derribar a los hombres y a las instituciones que ocupan su lugar en el Estado, en la profesión, en la sociedad. Frente a lo cual, se es de derecha primero por legítima defensa; la suya propia y devolver golpe por golpe, es muy normal. La legítima defensa, sobre todo, de un cuerpo social desgarrado por la agresión de la izquierda, incluso amenazado de perecer por ello, aun cuando la agresión ha tomado por tema o por pretexto una real injusticia.

Así la izquierda inventa y crea no solamente a ella misma y a su juego, sino también a su adversario. La derecha es ella también una invención de la izquierda.

II

FUERA DE LA IZQUIERDA NO EXISTE SINO EL CRISTIANISMO

Las injusticias sociales existen siempre. Es siempre moralmente necesario el corregirlas. Nunca se acaba con ellas, porque la vida social cambia y se trasforma sin cesar: no en su sustancia, pero en sus formas exteriores y sus costumbres, sus procedimientos y sus actividades, que indefinidamente hay que rectificar para ajustarlas al bien común. Todas las sociedades modernas tienen una izquierda que apela a la lucha contra las injusticias. Hay sin embargo, contra las injusticias sociales, otro método que el de constituir una izquierda y organizarse para la toma del poder: es el método cristiano, el que suprimió la esclavitud clásica, y realizó, al hacerlo, la mayor reforma social de todos los tiempos, pero ¿se sabe hoy *cómo* la suprimió, y si se les dijera que fue principalmente por el sacramento del matrimonio, comprenderían ustedes los políticos lo que se les está diciendo? El cristianismo suprimió la injusticia de la

esclavitud clásica, y tal vez ninguna izquierda hubiera podido hacerlo, ninguna en todo caso habría podido llegar a eso sin reemplazarla al mismo tiempo por una esclavitud más feroz. Porque finalmente hemos tenido y la izquierda y la nueva esclavitud, la que es administrativa, burocrática, concentracionaria. El gulag bate todos los récords, y no es el cristianismo, no es la derecha el que lo inventó. Lo habríamos tenido antes en la historia si la izquierda hubiera llegado antes.

Porque la izquierda lucha contra la injusticia, porque el cristianismo lucha contra la injusticia, se ha llegado en el siglo xx a confundirlos. No es la izquierda la que comete con mayor frecuencia esta confusión, son los cristianos, y esto es ya un indicio: si el cristianismo fuera esencialmente de izquierda, la izquierda terminaría por aceptar a los cristianos de otra manera que ocasionalmente, por táctica, por excepción.

La izquierda y el cristianismo luchan los dos contra la injusticia, y a veces incluso contra la misma injusticia, pero nunca de la misma manera: nunca, salvo contaminación del método cristiano por el método de izquierda. Los dos métodos no pueden ni siquiera asociarse, porque no son ni paralelos ni convergentes, en verdad son contrarios. La izquierda combate la injusticia por la rebelión de las víctimas; el cristianismo combate la injusticia por la conversión de los

pecadores. Estos dos métodos se excluyen siempre de derecho y a menudo de hecho.

No siempre se excluyen de hecho porque el cristianismo reconoce excepcionalmente, en casos extremos y extraordinarios, la legitimidad de las rebeliones políticas. Pero la izquierda hace de la rebelión su método ordinario y constante. El cristianismo no consiente en ello sino en rarísimas y gravísimas ocasiones, es decir, de hecho, contra los excesos de despotismo de un usurpador de izquierda. Es la contrarrevolución española de 1936, es la contrarrevolución en Brasil de 1962, en Chile de 1974: la contrarrevolución militar y católica, la que Francia ha dejado escapar dos o tres veces en este siglo; la única que suprime y la izquierda, y la derecha, y el juego izquierda contra derecha. El cristianismo no ha predicado la rebelión contra los abusos, eventualmente tiránicos, de las monarquías europeas de derecho divino. Se ha rebelado contra la dominación comunista, incluso jurídicamente legal, en la España de 1936, el Brasil de 1962, el Chile de 1974. Es que todos los "poderes públicos", incluso perseguidores del cristianismo, no son juzgados por el cristianismo únicamente por sus actos. A los actos malos de los unos, sólo opone, en la inquebrantable firmeza del mártir: "Tú no tendrías sobre mí ningún poder, si no lo hubieras recibido de lo alto". A los actos malos de los otros opone que, más mala aun que sus actos, está su intolerable pretensión a tener su poder de abajo. La con-

versión de los unos será la de ejercer según la justicia el poder que detentan; la conversión de los otros será la de renunciar a un poder que detentan injustamente.

No se quita nada a la fuerza de estas miras generales si se hace notar que cada individuo es un caso único. Un mismo personaje puede mantener simultáneamente posiciones y actitudes contrarias, que su propia lógica debería excluir. Todas las contaminaciones se producen. Existen cristianos de izquierda. Existen hombres de izquierda que se comportan como hombres de derecha e inversamente. Pero no es la regla; y sobre todo, más allá de toda consideración estadística, no es el espíritu. Hay un espíritu de izquierda. Y hay otro espíritu. No esperen que yo diga que frente al espíritu de la izquierda hay un espíritu de derecha: no lo hay en cuanto tal y a ese nivel. Porque en cuanto tal y a ese nivel, el espíritu de la derecha es una invención de la izquierda. La izquierda consiste en crear:

1) una izquierda por agrupación y conspiración,

2) una derecha por exclusión y denuncia,

3) una lucha izquierda contra derecha.

A este nivel, pues, la derecha depende del espíritu de la izquierda. Pero hay otro espíritu, que es el espíritu del cristianismo. Por naturaleza y por vocación, se excluyen. Se encuentran también: por ocurrencia ilógica, es decir, por confusión.

Trabajar para sostener la existencia de una derecha, aunque fuese verbalmente en el dominio de los conceptos, es ya hacerle el juego a la izquierda, puesto que toda la especificidad de la izquierda es el inventar arbitrariamente la existencia de una derecha y la necesidad de combatirla políticamente. El espíritu que no es de izquierda, que no es una invención de la izquierda, y que a fin de cuentas existía mucho antes que ella, es el espíritu cristiano; es la tradición católica; es la civilización cristiana.

Es bastante difícil de explicarlo sin que un imbécil o más bien cien imbéciles, o más bien mil y diez mil, exclamen enseguida:

—¿Entonces, según usted, el cristianismo es *de derecha*?

Por naturaleza y de sí mismo, el cristianismo no se sitúa en un campo de las luchas civiles antes que en el otro. Ahí lo ponen. El cristianismo es un espíritu, es una reali-

dad *que la izquierda de buen grado arroja hacia la derecha.* Y es bien cierto que si en este mundo se busca un espíritu y una realidad que no sean ciertamente de izquierda, que no le deban absolutamente nada a la influencia de la izquierda, que pertenezcan con seguridad a otro universo mental y moral, no se encontrará sino al cristianismo. Digo no lo sobrenatural del cristianismo, aislado si fuera posible de su natural; digo inseparablemente todas las realidades naturales que el cristianismo rectifica, asume y eleva en su sobrenatural; el cristianismo no es el evangelio sin el decálogo —sin el decálogo no habría más evangelio—; el evangelio es la respuesta al problema insoluble del decálogo, el evangelio es la buena nueva de que el decálogo podrá ser salvado en nosotros y por nosotros, y que nuestro destino se realizará en lugar de fracasar. Tal es el rudimento que fue conocido de memoria, y comprendido de memoria, durante diecinueve siglos, y que parece radicalmente esotérico al oscurantismo espiritual del siglo veinte. De esta ley natural hoy incomprendida, he hablado suficientemente en otra parte (aparecido o por aparecer). Mi ocupación en este momento no es el de explicarla. Solamente precisar que hablo del cristianismo, el verdadero, el inmortal, el católico, el divinamente revelado, el inmutable, y no de la nueva religión nacida de la evolución conciliar. El cristianismo es eso mismo que la izquierda arroja políticamente hacia la derecha, y lo arroja esencial-

mente allí a causa de su espíritu, a causa de su realidad. Realidad y espíritu constitutivos del cristianismo y de los que el cristianismo no tiene que abdicar. Es llevado a veces a hacerlo más o menos no queriendo que lo arrojen hacia la derecha: el sentimiento justo de que no es un partido político lo empuja, para manifestarlo, a esa parcial abdicación. El cristianismo sabe bien que no es *de derecha*, puesto que sabe bien que no es *de este mundo*. Pero no es en absoluto lo mismo:

a) no ser de este mundo en realidad;

b) no ser de derecha a juicio de la izquierda.

El príncipe de este mundo hace creer a los cristianos modernos que "b" es la prueba tangible, la prueba indispensable de "a"; la condición, pues, de su salvación eterna; y el medio necesario de la conversión general; y en fin, el signo de que sus pecados son perdonados.

Sus pecados, claro. El cristianismo en este mundo, es decir, la Iglesia militante con sus santos, sus jerarquías, sus sacerdotes, sus fieles, el cristianismo en este mundo está únicamente compuesto de pecadores, diversamente ocupados en (o en todo caso llamados a) estar en el mundo sin ser del mundo. Hacen cada día su examen de conciencia, o al menos antes del concilio eran invitados a hacerlo, y a desprenderse del mundo según

la ley de Dios: se les hace creer que eso equivale exactamente a desprenderse de la derecha según la ley de la izquierda. En lugar de separarse del mundo al llamado de Dios, los cristianos ahora se separan de la derecha al llamado de la izquierda. Realizan así la proeza de separarse de sí mismos; para ir a perderse en el mundo.

Porque es finalmente en la medida en que renuncian a estar "en el mundo como no siendo de él" que los cristianos se pasan a la izquierda. Pasan al mundo para hacerse reconocer por él. Vana empresa mientras conserven algo del cristianismo: para la izquierda, es de derecha todo lo que no es de izquierda; y la religión cristiana evidentemente no es una invención de la izquierda.

Para la izquierda, todo lo que no ha sido encontrado o fabricado en el mundo moderno por la izquierda moderna es políticamente atrasado y arrojado hacia la derecha. La izquierda se interesó en el Vaticano II y en la evolución conciliar en la medida en que veía en ellos la invención moderna, por hombres de izquierda, de una nueva religión.

El cristianismo es, pues, de derecha en este sentido de que todo lo que no es de izquierda es rechazable hacia la derecha por la izquierda. Es el decreto de la izquierda y él solo el que decide. El cristianismo como los otros *no* es de derecha, *sino* por decisión arbitraria de la izquierda. ¿Como los otros? La pregunta consiste en saber si existen muchos otros. Si existen algunos otros. Si existe

un solo otro. Si no es accidentalmente. Esencialmente, es al cristianismo tradicional el que la izquierda arroja hacia la derecha, desde el comienzo de la izquierda, desde el siglo dieciocho, desde Voltaire y los enciclopedistas, desde la revolución de 1789 y sus grandes falsos principios. A causa de los pecados de los cristianos: de sus injusticias. ¿A causa? A causa segunda; por la ocasión; ocasión real, a veces o a menudo. Pero hay en la izquierda una *intencionalidad* de la que ya no tiene más conciencia, como la herramienta en manos del albañil.

III

LA EVOLUCIÓN A LA IZQUIERDA

Antes de que los términos de *pecado original* se volvieran esotéricos, es decir antes de la evolución conciliar, se decía que la izquierda se distinguía por no creer en él, o poco. No es decir bastante. La izquierda cree que las consecuencias comprobables del pecado original son en realidad las consecuencias de los pecados de la derecha, y que suprimiendo a esta pecadora se suprimirá la injusticia social. Y levanta acusaciones. La derecha responde de ordinario, como en la historia del caldero, primero que no es de derecha, segundo que no es la derecha la que cometió el pecado, y tercero que el pecado no era tan grave; no persuade evidentemente a la izquierda, pero se persuade a sí misma, lo que constituye a los "bien-pensantes". O más bien los constituía. Porque a fuerza de pasar a degüello a la derecha, metafóricamente y no siempre metafóricamente, la izquierda ya no descubre frente a

sí a ninguna derecha, a menos de sacarla una vez más de su seno. Stalin seguía encontrando hombres de derecha para ejecutar incluso dentro del partido comunista. El aplastamiento político de la derecha al no haber procurado nunca una mejoría de la justicia social o una elevación del nivel de vida, muy al contrario, puesto que las revoluciones arrastran normalmente un aumento de la pobreza y una disminución de la justicia (todas las revoluciones sin excepción, regularmente, desde 1789), hace falta seguir encontrando culpables, y cuando los revolucionarios ocupan toda la escena, se ven reducidos a encontrar a los culpables en sus propias filas. Así anda la izquierda.

Una izquierda se constituye para abatir a hombres, instituciones, leyes: llama "derecha" a hombres y cosas a abatir; hombres y cosas a menudo procedentes ellos mismos, en el mundo moderno, de una revolución de izquierda. Es el juego eterno de la revolución. Por el contrario, la derecha no quiere abatir nada ni a nadie, y no abate nunca sino en las justas o injustas violencias a las que la conducen las necesidades reales o supuestas de su legítima defensa. La derecha quiere un orden donde todo y todos tengan un lugar: y no es siempre su lugar, y resulta entonces la injusticia. Pero sobre todo, la derecha no quiere ni esto ni otra cosa en cuanto derecha: en cuanto derecha, no se piensa, no se quiere, se aguanta, es la izquierda la que la quiere y que la piensa en cuanto derecha. La izquierda arroja hacia la derecha a los "apolíticos" y los contemplativos, que no le sirven para nada o incluso le incomodan. La

derecha acepta y defiende a los "apolíticos" y los contemplativos, aun cuando éstos no puedan, por definición, devolvérselo políticamente. La derecha aprueba, acoge, sostiene, pero demasiado a menudo con desidia, todo lo que no es de provecho para las luchas civiles.

La derecha es, sin saberlo, *lo que es.* La izquierda, sabiéndolo y queriéndolo, es *lo que combate.* Lo que es, es a menudo la injusticia, pero a la manera de la enfermedad: como la enfermedad en un cuerpo físico, la injusticia no existe en sí misma, existe en un cuerpo social. Combatir la injusticia puede también matar al enfermo, o tullirlo inútilmente. El hombre de izquierda (que naturalmente tiene en su partido tantos o más aprovechadores y políticos que el partido adverso) está sinceramente indignado por injusticias que son un motivo verdadero de indignación; y por algunas otras también, que no existen más que en su imaginación: pero hay que decir que todo lo embrolla y lo embarulla confundiendo la justicia y la igualdad: los altos y los gordos, en cualquier orden que sea, no pueden ser altos y gordos, así lo cree o por lo menos lo dice, sino por efecto de una injusticia. La indignación es fácil de crear, fácil de desarrollar, fácil de explotar cuando uno se apoya también en la envidia, *invidia democratica*, que por supuesto preexistía antes de la izquierda, y con mucho, pero que la izquierda desde 1789 ha organizado ideológica, sociológica y sistemá-

ticamente. Se llega así a una situación de la opinión pública por fin conforme a la mitología de izquierda, donde se cree firmemente que *todo el mundo es de izquierda salvo los privilegiados*. Cuando se llega a esta situación, o ya cuando es previsible, los privilegiados mismos se pregonan de izquierda, para no denunciarse ante la atención pública, y para desviar hacia otros el resentimiento y la concupiscencia. Desde principios del siglo xx innumerables medidas legislativas fueron tomadas en Francia contra las riquezas excesivas y las especulaciones escandalosas: nunca ninguna alcanzó a la fortuna anónima y vagabunda, todas expoliaron a los pequeños artesanos, los pequeños propietarios, los patrimonios modestos. El mismo impuesto a la renta, gran invención de la justicia y gran progreso en la vía de la igualdad, se revela cada vez más impotente, cada vez más injusto. *Todo el mundo es de izquierda, empezando por los privilegiados*, que desde hace mucho han comprendido que les conviene más servirse de la izquierda que combatirla. Las viejas naciones de Europa se están muriendo por ello.

La evolución a la izquierda de las sociedades europeas desde 1789 habrá sido tan invencible como absurda. No había para oponérsele sino las lecciones de la historia y la esperanza cristiana. Las lecciones de la historia indican que las revoluciones políticas suprimen las injusticias *y al mismo tiempo*, y sin haberlo querido, y sin siquiera darse

cuenta de ello, antes de mucho tiempo, las crean más pesadas. La esperanza cristiana indica que la única revolución por hacer es interior y personal, y que el resto es dado por añadidura (lo que no quiere decir cruzándose de brazos). Es por ello que a la izquierda, visceralmente, no le gustan mucho ni las lecciones de la historia ni la esperanza cristiana, que son las únicas que limitan su reclutamiento. Pero con una eficacia incierta. Las lecciones de la historia no están escritas ni formuladas en ninguna parte, pocos espíritus las conocen, su interpretación es delicada y frágil, su descubrimiento y su enseñanza son constantemente falseados por el espíritu partidario; y en razón no ya de su naturaleza, sino de la naturaleza del espíritu humano, como para la filosofía, se pueden discutir indefinidamente, e indefinidamente impugnar la menor conclusión. En cuanto a la esperanza cristiana, sopla donde quiere, pero es en primer lugar exigencia, y penitencia, y humildad, y paciencia, y sacrificio: henos aquí de pronto muy prudentes, muy escépticos, muy duros de oído. Para confiarnos a ella, esperamos a menudo signos manifiestos en el cielo, o santos muy visibles. Dios los da algunas veces. Nos da a Juana de Arco, a la que seguimos un momento, hasta que nuestros maestros y doctores la hagan quemar. "Obispo, es por ti que yo muero".

De Marc Sangnier a Montini, continúan sin tregua los grandes esfuerzos para "disociar lo espiritual de lo reaccionario"; de lo tradicional; de lo conservador; del fascismo; de la derecha. Tal fue desde el origen el designio esencial de la democracia cristiana en Europa; y lo sigue siendo; y de ello muere Europa.

Naturalmente, los demócratas cristianos explican que la Iglesia católica no es solidaria, salvo por infidelidad a sí misma, con los privilegios abusivos; y que hay que hacérselo saber, con discursos y con actos, a quienes lo ignoran. Contra esto no hay nada que decir (sino que este esfuerzo útil es con todo secundario: porque ahí no está el principal obstáculo a la fe sobrenatural ni a la concordia temporal, aunque a menudo sea su pretexto) (y los cristianos saben por su fe que la Iglesia no es solidaria con los privilegios abusivos) (y los otros necesitan no ya exposiciones sociológicas, sino la fe, y la vida

según la fe, habiendo sido el resto prometido y dado por añadidura). Pero lo que sí hay que decir, es en qué sentido, pues, lo "espiritual" ha podido ser *asociado* a lo "reaccionario", y con tanta fuerza que sea necesario todavía y siempre *disociarlos*. Porque el "reaccionario" no es primero, no existe del todo solo: existe en la medida en que nace una izquierda, que lo designa y lo provoca. Se llama generalmente "reaccionarios" a quienes, frustrados de sus privilegios por el progreso social, se esfuerzan por anular ese progreso, recuperar sus ventajas, volver hacia atrás: sin duda eso existe; y sería muy asombroso que no existiera. El progreso social en cuestión puede también ser un falso progreso, y el reaccionario un hombre que se le opone porque ve en él una estupidez que atenta contra el bien común. Pero quiero señalar algo muy distinto. Antes de que existieran una derecha y una izquierda, es decir, antes de 1789, hubo progresos sociales, privilegios suprimidos, reaccionarios "avant la lettre" que buscaban recuperar sus ventajas. Toda la Edad Media, siglo tras siglo, es (también) la historia de progresos sociales sucesivos, múltiples, variados, operados en medio de reveses y de tumultos. Y no solamente la Edad Media. Sin embargo, antes de 1789, nunca lo espiritual se encontró asociado a lo reaccionario, salvo por accidente; nunca se sintió la necesidad de una empresa metódica para disociar lo espiritual de lo reac-

cionario: porque no estaban sistemáticamente asociados.

Es desde que existe una izquierda, y no antes, que lo espiritual se hace sospechoso o se le acusa de asociación con lo reaccionario. La asociación de lo espiritual con unos privilegiados despojados de sus privilegios abusivos no es en realidad ni más frecuente ni menos accidental que en otros tiempos. Pero lo que es nuevo, con el término mismo de "reaccionario", es que el reaccionario no será objetivamente detectado por sus actos. En su lugar, una "derecha reaccionaria" es arbitrariamente designada y delimitada por la izquierda, esa designación, esa delimitación, es, en cada caso, en cada época, para cada mayoría, cada elección o cada campaña de agitación, el acto constitutivo de la izquierda. Y cada vez, la izquierda encasilla a la derecha lo espiritual. No por la razón de que lo espiritual fuese verdaderamente reaccionario, en el sentido peyorativo de aliado de los injustos privilegios que traban el progreso social, sino por una razón más profunda: lo espiritual católico es por naturaleza un obstáculo al combate izquierda contra derecha. Viene a ser lo mismo si se establece en principio que el combate izquierda contra derecha es el instrumento indispensable del progreso social. Todo lo que omite encasillarse a la derecha o a la izquierda, la izquierda lo reputa de derecha, la izquierda lo combate: porque una posición tal, implícitamente, niega el postulado sobre el cual

está fundada; una posición tal niega la división sistemática de los ciudadanos en políticamente buenos y políticamente malos (o políticamente sospechosos: la ley de los sospechosos es un invento de los revolucionarios de 1789). La izquierda tiene una necesidad vital de presentar su combate contra la derecha como *moralmente necesario*; es preciso que la derecha sea reputada como traición, o falta de civismo, o egoísmo explotador, o maquiavelismo hipócrita y repugnante. Si no se tratara más que de elegir entre diversos programas políticos, económicos y sociales, uno quizás mejor o menos malo que los demás, no habría nunca agitación revolucionaria. La izquierda tiene necesidad del mito al que combatir, que para el Frente popular, en 1936, se llama las "doscientas familias" y el "fascismo", que se llama la "traición" cuando se trata del mariscal Pétain, que se llama "colonialismo" e "imperialismo" durante las guerras de Indochina y de Argelia: la izquierda tiene necesidad de que *este enemigo político no sea un hermano*, sino un monstruo. Lo espiritual católico no conoce un ser humano totalmente despreciable o monstruoso, ve un hermano en todo enemigo, no conoce más que a "adversarios fraternales", como lo cantó Robert Brasillach al morir, en sus poemas de Fresnes. Pero esto enerva el combate derecha-izquierda. Ahora bien, nunca es la derecha, ahora bien es siempre la izquierda la que tiene interés en que el combate se exaspere, y se

torne inexpiable. Puede suceder que la izquierda, y la derecha, se equivoquen ocasionalmente sobre su interés constitutivo; tal error casi no dura. La izquierda se lanza al asalto: si el ardor se calma, si la paz civil se hace, el enemigo político no será desalojado.

Entonces, ¿disociar lo espiritual de lo reaccionario?

Sí, si se tratara, primero, de desviar a los católicos de la defensa de injustos privilegios, segundo, de asegurar a los no creyentes que no es ni la vocación ni la función de los cristianos. Disociar lo espiritual de lo reaccionario *de hecho* y *en verdad*, va de suyo. Disociarlo *a los ojos de la izquierda* y hasta lograr su confesión, eso es otra cosa. Es la carrera sin término, el espejismo sin fin, ninguna concesión, ninguna capitulación bastará jamás para eso, porque cada vez que lo querrá, la izquierda definirá a lo "reaccionario" de manera de englobar en él a todo lo espiritual. Más aún, desde que existe un partido comunista sistemáticamente organizado, la izquierda impone a los católicos la alternativa: someterse o ser rechazados hacia la derecha. Un diputado ni comunista ni extremista exponía a principios del año 1956, como más o menos lo ha hecho siempre el diario "Le Monde" y como Mitterrand durante sus campañas electorales de los años 1966-1976, que "la izquierda debe necesariamente englobar al partido comunista, sin lo cual no es más que un camuflaje de la derecha". A fines

de 1956, cuando la opinión mundial se indignaba por el martirio de Hungría aplastada bajo los tanques soviéticos, la consigna auténticamente de izquierda aseguraba que sería "reaccionario" el "no conservar el contacto con los comunistas". Los demócratas cristianos de lo que era entonces el M.R.P., "movimiento republicano popular", tan preocupados sin embargo por "disociar lo espiritual de lo reaccionario", no creyeron poder llevar su empresa hasta ese punto de complacencia con lo peor. Fue entonces la prensa católica misma —la prensa católica sostenida por el episcopado francés, una prensa ya conciliar por adelantado— la que les declaró que sus (débiles) supervivencias de anticomunismo los "encasillaban definitivamente a la derecha". Una vez que uno ha comenzado a plegarse a los criterios de la izquierda no existe ya razón para detenerse en la evolución hacia la izquierda. Y por otra parte uno no se detiene: se va hasta el comunismo que es el castigo final de este juego absurdo. Los comunistas mismos, de Lecœur a Béria, de Marty, el amotinado del Mar Negro, hasta Nagy, el rebelde de Hungría, son acusados de "reacción", con o sin Stalin, y liquidados como cómplices del "capitalismo", del "imperialismo" y hasta del "clericalismo". La absurdidad del juego derecha-izquierda desemboca entonces en el vacío, como desemboca ahí tarde o temprano toda absurdidad.

IV

EL PODER NO SE TOMA

Existen pues una derecha y hombres de derecha, así llamados y agrupados por decreto de la izquierda. Decreto arbitrario, etiqueta artificial: pero los que la reciben contra su gusto sí existen. El ser constantemente atacados juntos los incita a agruparse.

He aquí un retrato del hombre de derecha. Un retrato que es una caricatura, recarga las tintas. Un retrato que es de Balzac, por supuesto; de Balzac hablando, por supuesto, de un individuo y no de una categoría:

"El liberal más rencoroso..."

Paréntesis, explicación. El "liberal", en tiempos de Balzac, es el hombre de izquierda. Hoy en día el liberal es Giscard, Ponia, d'Ornano, Neuwirth y la banda; es el liberalismo avanzado hasta la libertad del aborto, y sin embargo la izquierda lo ha arrojado hacia la derecha, porque ése es su capricho (y su

interés). El liberal sin embargo no ha cambiado, es "rencoroso", incluso arrojado hacia la derecha, conserva, como rasgo principal de su carácter político, el ser liberal con todo el mundo menos con la derecha, no odiar a nadie menos a la derecha, en una palabra, conservar, en su exilio lejos de la izquierda, un espíritu de izquierda. Volvamos a BALZAC:

> "El liberal más rencoroso hubiera fácilmente reconocido en él la lealtad caballeresca, las convicciones inmarcesibles del lector por siempre adicto a *La Quotidienne* [*La Cotidiana*].
>
> Hombre religioso, apasionado por su causa, franco en sus antipatías políticas, incapaz de servir personalmente a su partido, muy capaz de perderlo, y sin conocimiento de las cosas de Francia. Uno de esos hombres rectos que no se prestan a nada y traban testarudamente todo, buenos para morir arma al brazo en el puesto que les fuere asignado, pero bastante avaros para dar su vida antes que dar sus escudos".

La derecha, una vez lanzada a su pesar a las luchas civiles, se distingue en ellas por una ausencia casi constante de sentido político, si por esto se entiende aptitud para conciliarse la opinión pública. Instituida por la izquierda como la categoría social de los ex-

plotadores, de los retrógrados y de los traidores, la derecha reacciona entonces como categoría moral, como partido moral, que aborrece la rivalidad de los partidos, su burdo estrépito, su fábrica de calumnias. La derecha es sensible en primer lugar a los sentimientos morales: la virtud del patriotismo, la honestidad (la honestidad presupuestaria de la ortodoxia económica, nada de déficits, nada de devaluaciones), la vida familiar, el orden, la seguridad; la ley moral natural. La izquierda se distingue por el sentido político parlamentario, electoral, agitador. Sentido político contra sentido moral, la partida no es políticamente igual.

El hombre de derecha es a menudo "sin conocimiento de las cosas de Francia", porque fuera de sus obligaciones y responsabilidades profesionales, a las que se dedica con exactitud, su inclinación lo lleva con más gusto al conocimiento moral (y casi inmutable) del hombre en general que al conocimiento curioso, concreto (y cambiante) de las realidades contemporáneas. El hombre de izquierda tiene más a menudo este segundo conocimiento, pero trastrocado de cabo a rabo por sus mitos y sus ideologías, a menos que no dé ningún crédito a las ilusiones que explota. Qué ejemplo el del comunismo: los hombres de derecha siempre le opusieron una condena de principio perfectamente justa, y en suma nunca flaquearon en su oposición, pero ignoran su comportamiento, sus tácticas, sus correas de transmisión, y son inca-

paces de imaginar los medios prácticos de una acción contra él. Los hombres de izquierda, especialmente los socialistas, lo conocen mucho mejor en el detalle concreto, pero siempre se sienten tentados a entrar en combinación con él, creyendo llegar de una manera u otra a atraerlo o a transformarlo en su provecho.

He aquí lo que me inspira, con Balzac, el espíritu de simplificación. No puede equivocarse totalmente. Deduce de ello que los hombres de derecha no son incapaces para el ejercicio del poder, pero son fundamentalmente impropios para toda estrategia para el poder; que tienen razón en cuanto a la intención que preside sus empresas públicas, pero que éstas fracasan. Y que los hombres de izquierda acometen empresas locas, pero que consiguen bastante generalmente llevarlas a cabo.

Mientras estemos bajo la ley del sufragio universal, la izquierda, para ganar en las elecciones, necesita obtener votos en la derecha tan lejos como le sea posible; y la derecha, tan lejos en la izquierda como le sea posible. Unos y otros, para beneficiarse de un "consenso" más extendido, se ven llevados a menudo a hacer las promesas y a retomar el programa de sus adversarios. Sucede también que la situación manda; imperativamente; sea cual fuere el resultado de las elecciones. En el estado de invalidez política en que el juego izquierda contra derecha coloca a un Estado, una política de iz-

quierda hecha por hombres de derecha, como en la que consienten muy a menudo, es una doble catástrofe; una política de derecha hecha por hombres de izquierda es a veces el menos malo de los males menores. Si nuestras elecciones debieran estar encerradas dentro de este régimen aberrante, el Giscard de 1974-1976, con su política de izquierda, y torpe, acabaría por hacer echar de menos al Guy Mollet de 1956 con su política de derecha, manejada con decisión.

Sin hablar por supuesto del Clemenceau de 1918.

La izquierda es el exceso de confianza en lo temporal, es el uso sistemático, es el abuso de los medios temporales. Lo que no quiere decir que la derecha sea la plenitud o el abuso de lo espiritual. Por tres razones. La primera viene del ataque, la segunda de la derrota, la tercera del endurecimiento. Me explico, en orden, y con números.

1. La derecha (designada por la izquierda) representa lo espiritual, pero tendido en el lecho de campaña de lo temporal, como decía Péguy, y como no puede no serlo más o menos. Tendido a menudo confortablemente. Por casualidad, repantigado perezosamente. La izquierda ataca. Ataca el lecho de campaña, porque se ha vuelto demasiado confortable, y porque ella misma, dejando aparte a sus aprovechadores, no tiene una piedra donde descansar la cabeza; o *cree* no tenerla. El ataque de la izquierda es siempre

temporal, fija a la derecha en sus posiciones temporales, en sus poderes, en sus privilegios, se los cuelga obligándola a defenderlos. Y es una postura muy poco brillante la de un gobierno que se ve así coaccionado a gobernar no ya para gobernar, sino en primer lugar y sobre todo para conservar su gobierno. Y es una postura muy poco brillante la de las clases dirigentes coaccionadas, para seguir dirigiendo, a explicarse primero sobre la extensión de sus poderes, de sus riquezas, de sus privilegios. La izquierda ataca lo espiritual, pero sin apuntarle directamente, ataca lo espiritual cortándole las manos, que a menudo están sucias. Y la derecha no puede pensar en otra cosa sino en sus manos para impedir que se las corten, sin ocurrírsele ya que a lo mejor están sucias, sin tener ya tiempo para lavárselas. La revolución que comenzó en 1789 trastrocó completamente cosas santas, e hizo a Francia, a Europa, al mundo, una herida que no se ha vuelto a cerrar; no la hizo principalmente disputando de teología y profesando el ateísmo, sino difundiendo el odio contra los gastos más o menos reales y la inconducta inventada de la austríaca, acusando al bonachón de Luis XVI de abuso de poder y de tiranía, y hasta de traición, disputando sobre finanzas e impuestos, cuestionando los beneficios y las exenciones de un clero que estaba compuesto por una parte de canallas y por una parte de mártires (y naturalmente, por definición, no son los canallas, los Talleyrand y los Siéyès,

quienes fueron martirizados). (Ésta es también una lección de la historia, pero ésta sí, comprendida por los obispos modernos). La derecha, incluso la de los príncipes, incluso la de los príncipes de la Iglesia, está evidentemente formada de pecadores y no de ángeles; los santos mismos son pecadores y no ángeles. El ataque de la izquierda los lleva a *defender su situación antes que su vocación.* Y se dejan arrastrar. Y si no se dejaran arrastrar, no por eso recobrarían la estima de una opinión pública manipulada por los agitadores. La verdad, la justicia, nunca se imponen por sí mismas, por su sola evidencia, en el silencio y la inacción de quienes las ven claramente. Toda causa verdadera, toda causa justa necesita abogados, militantes, testigos, soldados: para ganar en lo temporal hay que combatir en lo temporal con medios temporales. Y no solamente para ganar, sino para sobrevivir. Cuando vino un Hombre, una vez, el único que fuera sin pecado, fue condenado como blasfemo; el único que no tenía ningún compromiso político, fue condenado como agitador político. Si su misión, si su responsabilidad, si su deber hubieran sido de orden temporal, su fracaso hubiera sido completo. No hay que creer, frente a los ataques de la izquierda, que lo importante sería no darles motivo o pretexto. Toda subversión sabe inventar a medida los crímenes que reprocha a sus víctimas: porque toda subversión viene del Padre de la mentira.

2. La derrota: la derecha se encuentra en general vencida en el combate izquierda contra derecha. Desde 1789, consigue victorias tan raras como provisorias, padece en cambio muchas y duraderas derrotas. Porque la regla de este combate, porque su sola existencia constituye ya la derrota de la derecha, y su más severa derrota. Desde el momento en que luchan una izquierda y una derecha, la derecha perdió lo esencial, que es que no se luche entre miembros de una misma comunidad política. Pero esto, la derecha no lo sabe con bastante claridad. La derecha vencida en las elecciones o en las revoluciones reflexiona sobre su derrota y quiere sacar de ella una lección. A menudo saca la lección de que hubiera debido luchar mejor y se prepara a ello en sentido contrario: *imita a la izquierda*, su oposición, sus reivindicaciones, su propaganda, su organización de lucha civil: resulta en esto infinitamente torpe, porque se lo es siempre cuando se

obra al revés de su vocación. No por eso deja de ser vencida. Salvo cuando el acontecimiento, la guerra, la catástrofe (es decir, Dios mismo) le devuelven el poder o una parcela del poder; como en 1815, en 1871, en 1940 en Francia. La nación es entonces convocada por el acontecimiento a una expiación; la izquierda la persuade que eso es engaño y traición. Y todo vuelve a comenzar, de una manera o de otra, solapada o brutal, pero es sí el combate político que se insinúa o se impone, el combate izquierda contra derecha, la contrarrevolución fracasa. La derecha no comprende que si ha sido vencida no es porque haya peleado mal. Es cierto que peleó mal, pero también es cierto que a eso está condenada en esa batalla, que no es la suya. La derecha fue vencida porque esa batalla tuvo lugar. Y claro puesto que esa batalla tuvo lugar, no existía otro recurso que combatir en ella y ser vencido y hacerse allí valientemente matar.

En política, la izquierda no puede sino vencer y la derecha sino convencer. La derecha lo sabe, pero mal. La izquierda, que lo sabe mejor, tiene una necesidad vital de disimularlo; por lo tanto, de impedir el diálogo y la conversación, de excluir y de guillotinar, de prohibir y de encarcelar, pero siempre en nombre del diálogo, de la libertad, de la humanidad. No es Luis XVI quien hace tirar contra el pueblo; no es Carlos X; cuando en Portugal el régimen de Salazar es derrocado, el número de prisioneros políticos *aumenta*;

el 14 de julio de 1789, había en total siete presos en la Bastilla, festejamos todavía su toma poco gloriosa por aquéllos que van a aumentar los encarcelamientos y las ejecuciones. La Rusia del zar, del ucase y del knut no es una excepción: la revolución comunista multiplicó allí el número y agravó la suerte de los deportados políticos. En cuanto pueden hablar de una manera calma y clara, sin la obstrucción de los clamores organizados, los políticos que no son de izquierda ganan el asentimiento general. Hasta para Luis XVI hay que cubrir su voz con un redoble de tambores; hasta María Antonieta, tan calumniada, tan detestada, se atrae en su proceso la simpatía y la comprensión de un público hostil, y hay que suspender la audiencia. En 1940 las admoniciones sin complacencia del mariscal PÉTAIN ganan todos los corazones:

> "El espíritu de goce ha triunfado del espíritu de sacrificio; se ha reivindicado más de lo que se ha servido; se ha querido ahorrar el esfuerzo; nos encontramos hoy con la desgracia".
>
> "El espíritu de goce destruye lo que el espíritu de sacrificio edificó".
>
> "En el presente cuenten con ustedes mismos y en el futuro con los hijos que habrán educado en el sentimiento del deber".

El arma de la izquierda es la rebelión y la guerra; el arma de la derecha es nada más que testimoniar y morir; conservar el honor.

—¿Pero a qué llama usted el honor? —pregunta el hombre de izquierda al almirante Auphan, en vivo por televisión, una golondrina no hace verano, el 25 de mayo de 1976.

—El honor consiste en hacer su deber bajo la mirada de Dios, en el amor al prójimo —contesta el almirante. La respuesta no es la mejor si se trata de definir exactamente el término y el concepto; pero la respuesta es bella, y el hombre de izquierda no comprende cómo, en la televisión, en un debate político, se puede tener la indecencia de ponerse a hablar de Dios.

3. Cuando la derecha imita los métodos políticos de la izquierda, resulta una derrota suplementaria de la derecha, resulta una suplementaria victoria de la izquierda. La derecha ya ni sabe lo que ella es. Se cree un partido o una facción, provisto de un programa más razonable que los otros, más prudente y más seriamente estudiado, menos mentiroso y menos demagógico, último resto de las antiguas virtudes de su vocación, y se empeña toda entera en una *estrategia para el poder*. En la que es infinitamente respetuosa de la legalidad, aun cuando se trate de una legalidad surgida de la revolución: es todavía un resto de su vocación, dirigida hacia la obediencia y no hacia la rebelión. Pero toda estrategia para el poder, y la idea misma de semejante estrategia, son de izquierda, y plegarse a ella es la esencia de la educación política del hombre de izquierda.

Tomar el poder, o buscar apoderarse de él, es el acto más fundamentalmente revolucio-

nario. El hombre de derecha traiciona su vocación desde el momento en que acepta, sea por fingimiento o por táctica, considerar al poder como cosa que se *toma*. Todo poder que es *tomado* cambia por ello de naturaleza. Se vuelve subversivo. Para todo hombre que no es de izquierda, para todo hombre según la naturaleza y la vocación humanas, el poder es cosa que se *padece* o que se *obedece*, que se *desafía* a veces, o que se *ignora*, y en fin que se *recibe*, si se lo recibe, pero jamás, nunca jamás, que se *toma*.

No se toma el poder, se lo recibe de Dios. Cuando se lo toma, se lo deshace entre sus manos, se lo desnaturaliza, y después nos sorprendemos de que las viejas naciones de Europa se hayan vuelto ingobernables. Tomar el poder, es derribar el poder existente, y cuanto con mayor frecuencia se lo derriba, menos conserva de autoridad. Sin autoridad moral, los gobiernos modernos no gobiernan más que con la mentira y con el miedo. Y así será, y cada vez más, mientras el juego izquierda-derecha no habrá sido suprimido.

> "La carencia del poder, decía MAURRAS, se parece a un terreno disponible: lo toma quien quiere, lo tiene quien puede".

Claro. Pero no es lo que nosotros llamamos *tomar* el poder, es decir arrebatarlo, es decir arrancárselo a quienes lo detentan. La carencia del poder es la ausencia del poder, caído por sí mismo en la inexistencia; ya no

es, pues, a tomar, sino a recoger; a rehacer; a restaurar; a recrear. No digo que la distinción entre un poder que se toma y un poder que se recoge sea siempre evidente; a menudo las circunstancias políticas son confusas, su apreciación incierta. Pero lo que es seguro, es que aceptar el poder es una resolución que se debe pronunciar contra sí mismo, en medio del temor y del temblor, y la profunda convicción de que es imposible proceder de otra manera, y la certeza de cargarse con una cruz que no puede ser rechazada. Estas disposiciones moralmente necesarias para un buen ejercicio de la autoridad son incompatibles con toda especie de estrategia para el poder.

V

LA POLÍTICA DEL EVANGELIO

El cristianismo nos enseña algo que de lejos se parece a una necesidad permanente de atacar a la derecha, su poder, su injusticia. Es por esto que la izquierda encuentra acentos y pretextos que tienen una apariencia cristiana en la cual se dejan agarrar los cristianos modernos, en una inextricable confusión. Pero si hay que agarrársela con la derecha no es para destruirla, es para salvarla. No sacarle su lecho de campaña (a la que equipa a menudo como lecho de rosas), sino fortificarla en él. No confiscarle lo que tiene, sino confirmarla en lo que es, y que por fin sea ella misma.

Porque la derecha, es lo que es. (Y lo es muy mal). La izquierda, es lo que mata. (Y mata a diestra y siniestra). El Antiguo Régimen, destruido en 1789 por la izquierda, estaba lleno de imperfecciones, pero era un

régimen, era un orden social, hacía más bien que mal. Ese orden destruido no ha sido reemplazado. La izquierda desde ese momento le ha impedido renacer, o que aparezca un nuevo orden, y estamos instalados en la decadencia y la anarquía, que hacen más mal que bien. Los progresos científicos, por la creciente abundancia de los bienes materiales en las sociedades de consumo, anestesian las conciencias y disimulan la realidad, que es descomposición. No existe un orden político moderno fuera del orden comunista, y el partido comunista, en el último estadio de la desintegración de las naciones europeas, se presenta a ellas como el único campeón del único orden en adelante posible. La única esperanza moderna que no esté apagada (fuera del cristianismo, pero el cristianismo no es moderno), es pues el esclavismo comunista.

La izquierda mata lo que está en nombre de lo que estará, y que nunca está ahí: es el secreto del movimiento perpetuo en política. La izquierda mata lo que está, en nombre de una esperanza que es siempre una falsa esperanza. Desde 1789 las promesas de la izquierda, sin embargo sin cesar victoriosa de revolución en revolución, nunca han sido cumplidas, era bien imposible: pero su insaciable mesianismo temporal ha reaparecido cada vez en una nueva utopía.

La derecha es la autoridad y el gobierno. Gobierna muy mal. Contra lo cual la izquierda se constituye en oposición política y en

reivindicación subversiva: lo que es el más ruinoso recurso humano contra un mal gobierno; y también la más detestable preparación para ejercer uno mismo el poder si por casualidad, y en haciéndolo, uno consigue treparse a él.

Semejantes consideraciones parecerán muy impropias para la fundación de un partido político. Más bien nos disuaden de ello. Esa disuasión es un punto esencial de la instrucción cívica; es indispensable para la educación política de los ciudadanos y de los hombres de Estado.

Porque nada enseña el gobierno de los hombres y nada lo prepara, sino su ejercicio. Y nada prepara mejor para mandar que el estado de obediencia vivido sin voluntad de salir de él. El hombre que accede al poder necesita también todos los conocimientos y todas las virtudes que no son propiamente los del mando: corre el gran riesgo de no oír nunca más ni siquiera hablar de ellos, una vez que estará en el mando; y de no adquirirlos nunca si no los tenía al llegar; y de ni siquiera tener conciencia de lo que le falta. En cuanto a las virtudes propias del mando, sólo el ejercicio las forma, y sólo Dios las da. La autoridad no se fabrica.

La izquierda lo invita a imaginar con ella lo que usted haría si estuviera en el poder; y a experimentar la solidez de esos planes no por alguna empresa real, sino por la publicidad que sabrá usted darles ante la opinión; con discursos; con propaganda. Y la derecha se apresura naturalmente a imitar a la izquierda en esto.

La mayor de las pillerías de los cristianos es el dejar de ser cristianos cuando hacen política; el poner a su cristianismo entre paréntesis; el hablar de otra cosa, con la intención de hacerse admitir, hacerse comprender, y establecer así una cooperación práctica con los no creyentes.

Pero no hay necesidad de contorsionarse y amputarse de tal manera para cooperar. La cooperación no es el resultado de un cálculo, de un método, es espontánea, existe por sí misma, es un hecho cotidiano y constante, algo dado, un punto de partida. Hacer de ella un problema al que habría que encontrarle el medio de resolverlo, es no percibir lo que va de suyo desde siempre, y desde siempre, más bien demasiado que no bastante.

> "Vivimos con los no creyentes, tenemos el mismo alimento, las mismas ropas, el mismo género de vida. No somos bra-

manes o gimnosofistas de la India. Vamos al foro, al mercado, a las posadas y las ferias. Viajamos con ellos; servimos en el ejército".

(TERTULIANO, año 197)

La convivencia de los cristianos con los no creyentes lo es *en todo menos en el pecado*; su tentación constante es estar en todo, incluso en el pecado.

La sociabilidad es espontánea y fundamental, siempre lo fue, los cristianos no necesitan fabricarse ningún método especial para tenerla; así como tampoco para ser eficaces. Pero existen dos eficacias como hay dos sociabilidades, la tentación es el pasarse de una a otra, con la ilusión de que la otra es más grande. Están la sociabilidad y la eficacia en la inocencia, están la eficacia y la sociabilidad por el crimen, en el pecado. Las primeras viven bajo la ley aceptada del decálogo, incluso si faltan a ella accidentalmente; las segundas viven fuera de la ley, incluso si accidentalmente se ajustan a ella. Es para esta vigilancia sobre todo, para esta vigilancia que les falta demasiado, que hay que convocar a los especialistas de la sociabilidad eficaz. De un lado están las seducciones de la caridad; del otro lado las bellezas del diablo. Porque están mezcladas en este mundo, hay que prestar atención para no confundirlas.

Y además, si los cristianos, para hacerse comprender, para hacerse aceptar en la vida política y social, necesitaran poner su cristia-

nismo entre paréntesis, ya no sería para nada hacerse comprender y aceptar; sería disfrazarse, hacerse comprender y aceptar un disfraz: como un bromista; o como un estafador; o como un espía. El espionaje, la estafa, la farsa, actividades distintas y diversamente honorables, suponen que uno disimule su identidad y su afiliación. El cristiano moderno quiere ser comprendido y admitido en la sociedad moderna, pero lo quiere ser en la calidad, usurpada y remedada, de un no creyente. Esto no encuentra ningún obstáculo, salvo el de la credibilidad. No bastará con que calle su cristianismo, tendrá además que probar, por sus actos, que ya no obra de ninguna manera como cristiano. Existen teóricos, y en cantidad, para ocultar la evidencia de esta estupidez bajo toneladas de galanuras de su confección.

Siempre vale más ser rechazado por lo que se es que ser aceptado por lo que no se es.

Los espíritus de problemas repiten hasta la saciedad que el cristianismo no aporta la solución de los problemas políticos. Eso parece cierto. Lo es en un sentido. En un sentido solamente: el cristianismo no dice si es bueno o malo que el presidente de la república sea elegido por siete años por sufragio universal; ni si hay que preferir, en el orden de las prioridades, la automatización del teléfono o el desarrollo de las autopistas. Pero, por insinuaciones y confusiones, se querría hacernos creer como cayendo de su peso, sin otro examen, que el cristianismo en cuanto tal no tiene nada que decir, concerniente a sus actividades políticas, a quienes tienen responsabilidades políticas. De hecho, el cristianismo se queda mudo sobre esas cosas si los cristianos, desde el momento en que intervienen en política, callan su cristianismo.

Callan la palabra, ocultan la luz, precisamente la que necesita un mundo político en-

cerrado dentro de necesidades absurdas: la competencia electoral, el juego izquierda contra derecha, la mentira como único medio de gobernar que aún subsiste, son sin duda las necesidades de la política moderna, parecen humanamente inevitables, y cada uno de los que se someten a ellas termina para sus adentros, en lo secreto de su corazón, por encontrarlas tan absurdas como necesarias. A los prisioneros de esas necesidades absurdas, importa revelarles que el cristianismo abre eternamente la puerta de las prisiones más reales. Abre su puerta, que por cierto es una puerta estrecha, y no creo que los poderosos que gobiernan el mundo estén prontos para aceptar fácilmente una revelación tan exigente: pero todavía menos si no les es hecha; si jamás es presentada en ninguna parte; si los cristianos no son cristianos en política, no son en ella más cristianos que sus obispos, que en ella son socialistas. Para ser cristiano en política, hace falta la firmeza deliberada de no capitular de antemano ante la incomprensión y el desprecio. De no capitular ante la acusación desdeñosa de ser unos sobrenaturalistas, unos místicos y al mismo tiempo unos fariseos; la acusación de no tener los pies sobre la tierra, de creer en la oración y en el milagro, en lugar de creer en la acción; en una palabra, la acusación de ser individuos del tipo de Clodoveo, de Carlomagno, de san Luis, de Juana de Arco. Ustedes ven bien, dice el mundo

ciego, que todo eso junto no hace una política...

La puerta estrecha del cristianismo es, por cierto, el buscar primero el reino de Dios y su justicia, y el resto será dado por añadidura: es la primera regla de todo, y por lo tanto, también de la política. El número aumenta, hasta en nuestras filas, de los que ya entienden la doctrina del "por añadidura", temen que invite a cruzarse de brazos en lugar de esforzarse por aquello a lo que ellos llaman. Pero olvidan que el dominio de las cosas que son obtenidas *por añadidura* coincide exactamente con el de las cosas que son obtenidas *con el sudor de su frente.* Creen ahora que "con el sudor de su frente" es lo contrario de "por añadidura". Invitan a los católicos a una acción en primer lugar cívica, o sociable, que obtendría por añadidura la conversión de las almas. Claro está que la torpeza de las almas es la de posponer la conversión siempre para el día siguiente: si uno se ocupa en procurarles razones metodológicas para esa perpetua postergación, se pueden esperar algunos éxitos mundanos. Pero, en una nación cristiana, nunca es dejando para más tarde los conocimientos y los trabajos necesarios para la salvación eterna como se puede contribur útilmente para la salvación temporal.

Nos caricaturizan, o más bien no, ni siquiera nos caricaturizan, nos calumnian pretendiendo que nuestra actitud política consiste

en pedir al cielo un milagro, y esperando el milagro, no hacer otra cosa que rezar. Se burlan de la gente yendo a contarle que esta actitud se difunde peligrosamente en las filas católicas, falsa mística que cubre la pereza y la inacción. ¡Vamos! Es un mito malvado y estúpido. ¿Acaso conocen ustedes a gente que espera el milagro sin hacer otra cosa que rezar? ¿que ya no van a comprar el pan a la panadería, que ya no cumplen las obligaciones de su profesión y ni siquiera cobran su salario, que ya no trabajan para procurar a su familia la comida y la bebida, la ropa y el alojamiento? Cristianos que rezarían *demasiado,* la verdad es que eso nunca se ha visto. Ni siquiera entre los monjes: vayan con ellos al oficio, *Pater noster,* y se sigue en voz baja hasta: *et ne nos inducas in tentationem,* pero por más que usted corra nunca tiene tiempo de recitarlo en voz baja, usted no está más que a mitad de camino cuando ya se oye el *et ne nos inducas*... La única excepción que he conocido es en el priorato Sainte-Madeleine. Tal vez sea por esto que tantos otros conventos han sido substancialmente borrados del mapa, no sobreviviendo, cuando sobreviven, sino en apariencias, en apariencias por otra parte penosas, sin su alma. Cuando nos dicen que nuestro error hoy día es esperar el milagro en oración, sin hacer nada más, no nos enojamos, más bien lloramos, en secreto, porque los que vienen a decírnoslo, vemos bien por su lenguaje que han perdido el sentido y el

gusto por la oración, que antaño sabíamos ejemplares. Difunden ahora el temor de haber rezado demasiado, de haber pasado y perdido demasiado tiempo en eso, y la timidez, y la vacilación en pedir un milagro, o hasta la vergüenza de haberlo pedido. Le harían un reproche a san Benito por haber renunciado a la acción política, a Clodoveo por haberle pedido la victoria al Dios de Clotilde y, sin embargo, ¿no es el cristiano quien tiene por un milagro de Dios al más humilde éxito que haya venido a coronar sus mayores esfuerzos? ¿No es ya el servidor inútil? Comprendo muy bien que quieran exhortarnos a obrar más y a obrar mejor; y que la exhortación es un género literario que soporta un cierto margen de aproximación doctrinal. Pero se nos exhorta mal cuando la exhortación opone lo que compone. La acción verdadera es hija de la oración, y quienes no obran bastante o no bastante bien, es porque no rezan bastante y no porque rezan demasiado. Es en la oración donde cada uno encuentra la fuerza y la luz de una acción a la medida de sus aptitudes. Esto es verdad para toda acción. La acción política no es una excepción.

No, todo esto no dibuja el plano y el programa de un partido político, sino más bien disuade de él, y así me parece bien. La política no pide más que tomarnos por entero, y puede suceder que sea justo el darlo todo, incluso nuestra vida si es necesario, pero con excepción de una pequeña cosa que se llama el secreto de nuestro corazón y la respiración de nuestra alma. Soñé durante mucho tiempo, en la gruta donde nada la sirena, con una de esas observaciones que BALZAC abandona al azar, o con premeditación, no lo sé, en las páginas menos esperadas:

> "En cuanto al celo, ese primer y sublime error de la juventud que encuentra un real contento en desplegar sus fuerzas y comienza así por ser víctima de sí misma antes de serlo del prójimo, consérvelo para sus sentimientos compartidos; consérvelo para la mujer y para Dios.

No lleve al bazar del mundo ni a las especulaciones de la política tesoros en cambio de los cuales le devolverán abalorios".

Dad al César, por supuesto, dad al César *lo que es del César*, no más.

El dad al César, Mateo 22, 21; Marcos 12, 17; Lucas 20, 25, fundamento en adelante de toda acción política, está dirigido a los súbditos, no a los príncipes, no es una advertencia anecdótica, me parece ver ahí el primer punto (de método) para quienes aspiran a practicar la *imitación de Jesucristo* en la acción política, puesto que igualmente hay que practicarla en todas partes. La acción política se equivoca de dirección, la mayor parte del tiempo, cuando se ocupa de reformar el Estado o de arengar a los príncipes más que de convencer y reformar a los súbditos, empezando por sí misma. Jesús se dirigió al príncipe el día de su proceso, y no fue para cuestionar o derribar su autoridad: "Tú no tendrías sobre mí ningún poder, si no te hubiese sido dado de lo alto" (Juan, 19, 11).

Somos de este mundo, claro está; pero como si no lo fuéramos. Somos de este mundo

político, ¿cómo hacer de otra manera? y los que en él están comprometidos no tienen derecho a ninguna cobardía. Pero hay que ser de este mundo político como si no se lo fuera.

El Evangelio no habla del poder político más que para invitar a darle lo que le es debido; a no darle lo que le es debido a Dios. Y es casi un paréntesis, en oportunidad de una artificiosa pregunta. Hace veinte años yo agregaba: "Eso iba de suyo y no requiere que uno se ocupe más de eso, porque lo importante, porque lo esencial, porque lo único necesario está en otra parte". Un poco más y caía en el repugnante sofisma según el cual *no hay política en el Evangelio.* Está al menos lo que acaba de ser dicho, y que no es poca cosa. Y además ¿por qué, en la revelación divina, aislar "el Evangelio", por qué aislarlo del resto de la Escritura santa, y por qué aislarlo ahí donde precisamente él mismo declara que no hay que aislarlo? "He venido no a abolir la ley, sino a cumplirla". La ley natural revelada en el Antiguo Testamento, resumida en el decálogo, encierra toda la política accesible a la razón humana, no sin riesgos y no sin pena; y sin embargo objeto de fe. La manera más segura de falsificar el Evangelio es comprender su superación de la ley como una dispensa de la ley. Es una superación por arriba, que asume y que eleva, no una superación por debajo, que se sustrae a la obligación. La invitación del Evangelio es a cumplir, por amor y ya no por miedo (la ley y), más que la ley:

todas las obligaciones debidas serán cumplidas, y más allá. El Evangelio no trae ninguna derogación, ningún permiso de hacer menos o de abandonarla. Hay una política del Evangelio, es la política del decálogo. Es, si se quiere, una política del hombre. No es exactamente una política de la persona humana, como lo cuenta el siglo que más la habrá ofendido. Es una política de la naturaleza humana. Y sin duda la naturaleza del hombre es el ser una persona (aunque una persona particular y lisiada, la verdadera persona es la persona divina), pero justamente: no una persona que no tuviera una naturaleza santificable pero no renunciable.

Buscad el reino de Dios y su justicia, el resto os será dado por añadidura: recuerden que esto no es una derogación al decálogo. El reino a buscar no está ni de este lado ni fuera de la ley natural. Si está a veces en el desierto, nunca estará en la deserción. Está en el trabajo de cada día; en el trabajo y la oración, en la dificultad y el descanso. Y "por añadidura", es a pesar de todo, por naturaleza y por deber, es siempre con el sudor de vuestra frente.

En este sentido, que es el sentido verdadero y obligatorio, César nos es dado por añadidura. Nos es dado para nuestra salvaguardia o para nuestro castigo, y éste no es contrario a aquélla; es Dios quien retribuye, y Él quien al sudor de nuestra frente da la añadidura, y se puede contar con Él para dar con creces.

VI

UNA IDEA DEL BIEN

¿Qué política desear? El espíritu público no lo sabe. Para saberlo con seguridad, haría falta una idea del bien: del bien a esperar y a querer en común. Esta idea falta. Toda la historia de la humanidad, la de Francia en particular, muestra que el acuerdo al menos implícito sobre una común idea del bien es el resorte indispensable de toda vida nacional. Cuando esta idea se desdibuja, cuando ninguna autoridad política está en situación de reanimarla y de hacerla prevalecer, entonces el Estado y la sociedad van a la deriva: como hoy en día.

Estamos gobernados bajo la Quinta República de tal forma que la izquierda socialocomunista tendrá la mayoría: la tendrá este año o la tendrá más adelante, pero la tendrá, lógicamente, mecánicamente, y en cierto modo automáticamente, si ningún factor imprevisible, hombre o acontecimiento, no viene a modificar las circunstancias de nuestra situación.

La Quinta República nos conduce, en efecto, al comunismo, lenta pero seguramente, de dos maneras, la activa y la pasiva.

Pasivamente, por no resistencia. Los gobernantes de la Quinta República no hacen anticomunismo sino en el momento de las elecciones: lo hacen solamente para engañar, y para conseguir nuestros votos. Si verdaderamente estimaran que el comunismo, el socialismo, el marxismo, la coalición socialocomunista son un peligro para Francia, se ocuparían de eso cuando gobiernan; gobernarían en consecuencia. Para tomar un solo

ejemplo, comenzarían por suprimir las subvenciones gubernamentales a la C.G.T., que es la principal correa de transmisión del partido comunista; le retirarían a esta central sindical su "representatividad" legal, que le significa muchas ventajas y privilegios; por otra parte no harían con esto más que aplicar la ley, puesto que la ley estipula que la "representatividad" de un sindicato es incompatible con su vasallaje a un partido político: no sería pues necesaria ninguna ley de excepción, bastaría con hacer respetar la legislación en vigor. Ni Pompidou ni Giscard lo hicieron. En la clase política que está en el poder, unos, por falta de inteligencia y de imaginación, no creen que el comunismo sea un verdadero peligro; otros, por falta de energía y de carácter, prefieren eximirse del rudo combate cívico que sería necesario. Sucede con el comunismo en la sociedad como con la apostasía moderna en la Iglesia: esa plaza, al no estar ya en ella suficientemente contrarrestada, ha conquistado allí derecho de ciudadanía, extendiendo poco a poco su colonización política.

La pasividad del gobierno, su pasividad propiamente política frente al comunismo bastaría para asegurar tarde o temprano su victoria. Pero a esto se agregan otros factores positivos de comunización. El monopolio de la enseñanza y el de la radio-televisión trabajan cada día en multiplicar los electores de izquierda. Estos dos monopolios trabajan en esto sobre todo, y lo más eficazmente,

cuando no hablan directamente de política. Difunden una cultura de izquierda, desarrollan una sensibilidad de izquierda, proponen, ilustran y viven, como la única soportable, una moral de izquierda. Quizá no sea siempre la izquierda del izquierdismo; es con seguridad, en el campo cultural y en el de la afectividad, la izquierda unida al partido comunista y dominada por él. Poco importa que esos dos monopolios sean eventualmente neutros entre las diferentes candidaturas electorales; tampoco importa demasiado que, a lo largo de todo el año, en las emisiones televisivas de información política, los hombres públicos del gaullismo o del liberalismo en el poder aparezcan con mayor o menor frecuencia que los de la oposición socialocomunista. No es en ese nivel donde la influencia es determinante. Estos dos monopolios, la enseñanza, la radio-televisión, militan permanentemente no para unos candidatos a las elecciones, sino para un universo ideológico: para la sociedad moralmente permisiva, para el cientificismo materialista. Los jóvenes así "informados", "instruidos", "educados" van lógicamente, cada vez en mayor número, y sin que sea necesario hacerles un dibujo, al programa común de la izquierda unida al comunismo.

Los más grandes errores políticos de los presidentes Pompidou y Giscard d'Estaing se sitúan en esta perspectiva. Cualesquiera hayan podido ser la seriedad, el sentido del Estado, la verdadera competencia económica

y financiera del primero, subrayadas por la falsa inteligencia, el falso saber y la ligereza del segundo, en definitiva su reinado habrá sido gravemente funesto. Colocó o dejó la autoridad del Estado al servicio de una intelectualidad de izquierda, de una moralidad de izquierda, de una espiritualidad de izquierda. No abatió, no rebajó las formidables feudalidades espirituales constituidas por el monopolio de la radio-televisión y por el monopolio de la enseñanza. Y además, aunque fuera más por complacencia que por convicción (¿por complacencia táctica para qué fuerzas ocultas y soberanas?), el presidente Pompidou tomó partido por la libertad del aborto, comenzó a arrastrar hacia eso a la nación. Se mostraba resignado a ello, pero ¿por qué?, en su conferencia de prensa de setiembre de 1973; durante el invierno 1973-1974, incluso se había vuelto, por una razón oscura, su partidario implacable, multiplicando las más imperiosas presiones personales sobre los diputados de la mayoría. Sin embargo, su política económica ¿no era una política de izquierda? —No, no lo era, pero sí lo era su política intelectual y moral; por acción, por omisión. Hizo la política intelectual y moral de sus adversarios, al aceptar como un hecho definitivo (¿o desdeñable?) la colonización marxista de la radio-televisión y de la enseñanza; la hizo echando su autoridad en la balanza para imponer el aborto por ley. El presidente Giscard d'Estaing se apresuró a cumplir, sobre este pun-

to, las promesas del presidente Pompidou. Pero si se está por la libertad del aborto, si se está por una sociedad moralmente permisiva, si se está resuelto o resignado a soportar el dominio marxista sobre la información cultural, entonces, en ese caso, uno muy naturalmente va a votar por el programa común de la izquierda unida al comunismo más bien que por los arqueo-gaullistas o los liberales avanzados.

Ya desde un simple punto de vista electoral, si se quería evitar la próxima llegada al poder de una mayoría socialo-comunista, habría que dejar de hacer una política intelectual y moral que inculca a la población los reflejos mentales de un elector de izquierda.

Pero no es sólo su presente colonización marxista lo que hace radicalmente nocivos a los dos monopolios de la radio-televisión y de la enseñanza. Esa colonización no es más que su malignidad la más inmediatamente perceptible.

Una juventud condenada a pasar toda su vida activa en el medio escolar, y todas sus veladas en la televisión, resulta institucionalmente descerebrada, incluso si se supone a esta televisión y a esta escolaridad liberadas de su actual colonización marxista. Porque toda la vida activa de la juventud en el medio escolar, y todas sus veladas en el espectáculo televisivo, esto significa una constante contra-educación, una revolución cultural permanente, ahogando a las almas en un mundo imaginario, desviándolas del aprendizaje de lo real y del aprendizaje del esfuerzo. No es conforme a la naturaleza humana el llevar

obligatoriamente más allá de los dieciséis años el aprendizaje de un oficio; no es conforme a las verdaderas necesidades de ninguna edad el estar en un espectáculo todas las noches. Las verdaderas necesidades de la naturaleza humana son la felicidad familiar (no existe otra felicidad temporal) y el ejercicio de un oficio que aporte, como lo dice Henri Charlier, un provecho legítimo al mismo tiempo que un interés intelectual y espiritual en el trabajo mismo: la desmesurada prolongación de la escolaridad y el uso cotidiano de la televisión son poderosamente contrarios a esto. Que no se vaya a creer que son éstos problemas simplemente "morales" en el sentido (por otra parte erróneo) en que un problema moral no dependería sino de la conciencia individual, en la intimidad de la vida privada, y no de la responsabilidad política. La enseñanza y la radio-televisión son monopolios regidos por la ley y gobernados más o menos directamente por el Estado. Compete a la acción política del gobierno el reprimir sus abusos y regular su buen uso.

Estas consideraciones no son laterales o anexas en relación al problema político moderno. No son secundarias. Están en el centro de la vida política: la cual se edifica por el espíritu de sacrificio y se deshace en medio del espíritu de goce. Ellas reclaman, de una manera o de otra:

1. la no escolaridad de las edades y profesiones que no tienen nada que hacer en los bancos de una escuela;

2. la reducción de los horarios de la televisión;

3. la prohibición de toda información sexual hecha en público por los poderes públicos, universidades, escuelas, iglesias, televisiones, cines, ministerios, prefecturas, servicios hospitalarios, administraciones (y la prohibición conexa de las otras dos formas de incitación política a la lujuria, y que son la propaganda para la contracepción y la libertad del aborto).

4. La restauración, como ley fundamental del Estado, de las reglas de la moral natural que son las de todos los pueblos y de todos los tiempos, y que resume el Decálogo, antaño y hasta hace poco enseñado en el catecismo bajo el nombre de "mandamientos de Dios"; dando por entendido que el Decálogo implica, como su nombre lo indica, no ya siete mandamientos, sino diez, siendo los tres primeros inseparables de los siete que vienen después, constituyendo la omisión de uno solo, o de tres de entre ellos, un atentado a la ley natural que no compensa el supuesto mantenimiento de todos los demás. El *bien común temporal*, única finalidad verdadera de toda acción política, no consiste en nada más, en cuanto a lo esencial, que la transmisión,

la explicación, la ilustración y la observancia del Decálogo.

Aquí se objetará quizá que la ley natural o Decálogo no es habitual y plenamente practicable sin las gracias de la Redención. La observación es justa, pero las gracias de la Redención no están contenidas en el bien común natural. Que también la política, como todo lo demás, tenga necesidad de los auxilios de Lo Alto, por supuesto que sí. Sin embargo, esta observación no merma en nada al hecho de que la política como tal tiene por función servir al bien común, ni al hecho de que la esencia del bien común temporal es la conservación de la ley natural. Si la política, reducida únicamente a sus fuerzas, no logra promover el bien común temporal, que tome nota de ello como de un hecho de experiencia, objetivo y constante; y bien conocido, salvo por los analfabetos espirituales del oscurantismo moderno; que no se rompa los ojos inventando la pretensión de que ya no tendría la demasiado difícil función de servir al bien común; ni que el bien común ya no consistiría esencialmente en la obediencia demasiado exigente al Decálogo no mutilado.

Uno quiere siempre imaginar un camino pretendidamente más corto o más fácil desde el punto de vista político. Se sueña con que sería posible, por alguna habilidad técnica o astuta, economizar sus fuerzas y eximirse de las consideraciones y de las exigencias que acabamos de evocar. Se consiente que definan el bien, pero se lo deja para más tarde, declarando que el hoy no reclama y por otra parte no permite sino el mal menor. Es muy cierto que el mal menor es a menudo en política la única forma inmediatamente posible del bien común. Pero no hay que tomar como un mal menor aquél que no contiene ya ninguna esperanza ni posibilidad de bien; aquél que no tendría de bueno más que una apariencia inconsistente muy exactamente suficiente para poner en escena un engaño electoral más.

Los cuatro puntos indicados constituyen el "programa mínimo": la disminución de la es-

colaridad, la reducción de los horarios de la televisión, la prohibición de toda información sexual pública, la aceptación del Decálogo como ley fundamental del Estado. Una política que esquivara este programa mínimo ya no podría ser una política del mal menor, porque no interrumpiría la deriva moderna en un mal cada día más y más grande. La escolaridad desmesuradamente prolongada fabrica en efecto a utopistas y a envidiosos maduros para el programa común de la izquierda unida al comunismo. Los juegos del circo de la televisión, el espectáculo gratuito de cada noche, preparan un pueblo abúlico y perezoso, que aspira al ocio y no al esfuerzo laborioso: semejante pueblo tarde o temprano votará en su mayoría por el espejismo socialo-comunista. La incitación política a la lujuria, por las tres vías principales de la información sexual, de la propaganda contraceptiva, de la liberalización del aborto, cultiva el espíritu de goce en detrimento del espíritu de sacrificio, y entrega a sus víctimas, drogadas y desarmadas, a las fáciles seducciones de todas las demagogias de la izquierda. Finalmente, el desconocimiento habitual del Decálogo es la más segura propedéutica para conducir progresivamente a una sociedad al comunismo.

Se dice a veces que palabras tan austeras vuelven triste a la virtud. Lo que quiere ser un epigrama; pero es una frase profunda. La virtud le parece triste a quien no tiene la gracia de practicarla. La idea de la virtud es

una idea triste, en efecto, e incluso insoportable para los pueblos apóstatas. *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum.*

—¿No ven acaso que los ciudadanos, que los electores se preocupan antes que nada del alza de los precios, del poder adquisitivo, de la inflación?

Que se preocupen por eso. Pero seriamente. El alza de los precios no sobrepasa la capacidad técnica, la competencia económica más mediana. No plantea sino problemas simples, en cierta forma clásicos. Pero sobrepasa la capacidad de gobernar que es actualmente la de la autoridad política.

Existe en efecto una parte de la inflación cuyas causas son internas: se puede luchar contra ellas, con sacrificios.

Existe otra parte de la inflación cuyas causas son externas, fuera de nuestro alcance: se puede soportar su efecto, incluso atenuarlo, al precio de otros sacrificios.

Pero ¿de dónde podría nacer el espíritu de sacrificio, de qué se nutriría y qué vendría pues a motivarlo? ¿El cientificismo materia-

lista? ¿La moralidad permisiva? ¿La licencia sexual?

Después de haber halagado y fomentado tanto el espíritu de goce, para conseguir votos, los jefes de la clase política no se atreven a correr el riesgo de contradecirlo abiertamente y en un ángulo recto. Piensan que no tienen otro recurso que engañarlo: con promesas que le hacen tener paciencia, o que le aportan diversiones, pero que finalmente lo entretienen, lo refuerzan, lo vuelven más exigente. Y el andar a la deriva se acentúa. Y ellos se mantienen en la superficie del poder, flotando a la deriva. No tienen la capacidad política de ir contra la corriente.

Lo que, por el contrario, pertenece propiamente a la autoridad política de un verdadero jefe de Estado, es el volver a decir al pueblo francés:

> "El espíritu de goce destruye lo que el espíritu de sacrificio ha construido. Es a un restablecimiento intelectual y moral que, en primer lugar, yo os invito".

ÍNDICE

TÍTULOS DE EDITORIAL ICTION

Paul AULAGNIER:

La misa católica

Mateo CRAWLEY:

Jesús, Rey de Amor

Hora Santa

Marcel DE CORTE:

Nicea y el Concilio Vaticano II

CRUZADA DEL SANTO ROSARIO:

Culto a los Sagrados Corazones de Jesús y María

El Diario de Conchita

Guérard DES LAURIERS, Joseph DE SAINTE-MARIE, Fra Galdino DA PESCARENICO, Antonio PACIOS, L. M. SIMON:

La concelebración

Cardenales OTTAVIANI y BACCI:

Breve Examen Crítico del "Novus Ordo Missae"

Louis SALLERON:

La Nueva Misa

Louis SALLERON, Jean MADIRAN, Hugues KÉRALY, Antoine BARROIS:

Garabandal, ayer y hoy

José TORRAS Y BAGES:

El Rosario y su mística filosofía

SANTA CATALINA DE SIENA:

Cartas al Papa

Monseñor Victorio BONAMÍN:

El diablo en la vida de Don Bosco

Jacobo Benigno BOSSUET:

Sermones sobre San José

Gustavo Daniel CORBI:

Tres maestros: Billot, Jugnet, Meinvielle

Monseñor DE SÉGUR:

El infierno

Monseñor DUPANLOUP:

Estudio sobre la Francmasonería

Roger-Thomas CALMEL, O. P.:

El Rosario de Nuestra Señora

Padre EMMANUEL:

El Naturalismo

Las dos ciudades

El cristiano del día y el cristiano del Evangelio

Roberto M. GOROSTIAGA:

Cristianismo o Revolución

La misa, la obediencia y el Concilio Vaticano II

San Luis María GRIGNION DE MONTFORT:

Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen

El secreto admirable del Santísimo Rosario

Henri HELLO:

Las libertades modernas

Monseñor Marcel LEFEBVRE:

Acuso al Concilio

Sí y No

J. B. LÉMIUS:

Catecismo sobre el modernismo según la encíclica "Pascendi"

San Leonardo de PORTO MAURIZIO:

El tesoro escondido de la Santa Misa

Jean MADIRAN:

Las dos democracias

Ángel María RAMÍREZ MELÉNDEZ:

Breve apología de la doctrina católica

Monseñor TIHÁMER TÓTH:

El joven de porvenir

Monseñor Francisco OLGIATI:

El silabario del cristianismo

Se terminó de imprimir en Tecnográfica Impresora, Avenida
Elcano 4017, en la ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto
de Santa María de los Buenos Aires, el 15 de noviembre de
1980, festividad de SAN ALBERTO MAGNO (1206-1280),
"Doctor Universalis" y "Doctor Expertus", Doctor de la
Iglesia (1931), uno de los creadores de la ciencia expe-
rimental, físico, químico, geógrafo, matemático, fisió-
logo, astrónomo, naturalista, filósofo, exegeta, teólo-
go, predicador, polemista, obispo y santo, que
escribió tratados de "omni re scibili" y enseñó
en París y en Colonia, transmitiendo a sus
discípulos su "pantagruélico" saber, y a
quien le debemos gran parte de lo que
fue y de lo que hizo el "Buey
Mudo" de Roccasecca, Tomás
de Aquino, Doctor Angelicus
y Doctor Communis de
la Santa Iglesia
Romana.

"Se llega así a una situación de la opinión pública por fin conforme a la mitología de izquierda, donde se cree firmemente que TODO EL MUNDO ES DE IZQUIERDA, EXCEPTO LOS PRIVILEGIADOS.
Cuando se llega a esta situación, o ya cuando es previsible, los privilegiados mismos se pregonan de izquierda, para no denunciarse ante la atención pública, y para desviar hacia otros el resentimiento y la concupiscencia.
Desde principios del siglo XX innumerables medidas legislativas se tomaron en Francia contra las riquezas excesivas y las especulaciones escandalosas: nunca ninguna alcanzó a la fortuna anónima y vagabunda, todas expoliaron a los pequeños artesanos, los pequeños propietarios, los patrimonios modestos.

(...)

TODO EL MUNDO ES DE IZQUIERDA, EMPEZANDO POR LOS PRIVILEGIADOS, que desde hace tiempo han comprendido que les conviene más servirse de la izquierda que combatirla.
Las viejas naciones de Europa se están muriendo por ello".

JEAN MADIRAN

TAPA:
Jan VAN EYCK (1390-1441):
"La Crucifixión"
(Nueva York, Metropolitan Museum of Art)